CAPITULO XLVIII.

EL RAMO DE FLORES.—NICEA NARCOTIZADA.—SALUSTIO AL LADO DE SU VÍCTIMA. NO SIEMPRE ES UNO LO QUE PARECE.

Retrocedamos á los momentos en que Frigia, Sostrata y los amigos de Salustio dejaron á este solo en el *venereum*, y tenia lugar la escena entre ellos y la encubierta.

Salustio, medio dormido, y extrañando el silencio que habia sucedido al ruido de la orgía, abrió con dificultad los ojos que se los cerraba la embriaguez, y balbuceó con torpe lengua:

—Bebamos, amigos; bebamos para olvidar la terrible suerte que espera á Glauco. ¿No me respondeis?.....—agregó despues de un instante, viendo que nadie respondia.—Frigia, déjame que recline mi cabeza sobre tu hombro.

—Frigia, señor, lo mismo que todos los convidados, se han ido á pasear al peristilo—dijo el esclavo escanciador.

—Bien: échame de beber mientras vuelven.

En aquel momento llamaban á la puerta del *venereum*.

—Adelante—gritó Salustio con balbuciente lengua; y Sosie, á quien el esclavo habia dicho ya que le daban audiencia, entró en la pieza.

—Contra la tristeza, vino;—pensó para sí el enviado de Nidia.—Este sentimental amigo de Glauco tiene una manera peregrina de ahogar los pesares.

—¿Qué quieres?—preguntó á Sosie, pudiendo apenas abrir los ojos para verle.

—Soy un mensagero encargado de entregaros este escrito. No creo que se espere la respuesta.

—Está bien, vete—dijo Salustio con tono áspero:—lo leeré cuando pueda.

Sosie se retiró.

—¿Quereis saber lo que dice el escrito?—le preguntó el escanciador.

—¡Un escrito!..... ¿Qué escrito?.....—dijo Salustio, que trastornado por el vino no se acordaba de lo que acababa de pasar.—¿Cómo se puede invitar á comer, cuando..... cuando..... mi amigo va á ser pasto de las fieras? ¡Siempre esta maldita idea!..... ni el vino. ni el amor..... ¡Oh!..... el amor..... sí..... el amor va á quitármela..... ese ramo de flores..... Llama á Siro; dile que le espero..... tú no vuelvas.

El escanciador se fué, y á poco se presentó Siro, que era el carcelero de Nicea.

—¿Qué mandais?.....

—Ese ramo con narcótico.....—dijo Salustio casi sin poder hablar—llévalo ya al cuarto de Nicea..... al mismo tiempo que la cena.....

—Está bien.....

—Yo voy tras de tí para observar, y penetrar en el cuarto así que esté narcotizada.

El esclavo salió, y Salustio, tropezando, pero animado por su deseo sensual, se dirijió bamboleando hácia la prision de la huérfana.

Entre tanto, el carcelero colocó el ramo en un precioso jarron, tomó la comida, y marchó al cuarto de Nicea.

Salustio llegaba al mismo tiempo á la puerta.

—Entra, que desde aquí observo para penetrar cuando sea hora—dijo en voz baja y balbuciente el libertino jóven.

El carcelero abrió la puerta de la prision, y entró en ella con la comida y las flores que las colocó sobre la mesa.

La vista de aquel precioso ramillete, llenó de regocijo el alma de la prisionera. ¡Hacia tantos dias que, encerrada entre las paredes de su prision no gozaba de ninguno de los encantos de la naturaleza!

Nicea, despues de haber hecho probar la comida al carcelero, y de salir este de la pieza, comió ella, y se puso en seguida á contemplar las flores con una alegría intensa.

Salustio la miraba por el agujero de la cerradura, esperando con impaciencia el instante de que aspirase en las flores el narcótico que debia proporcionarle el satánico triunfo que anhelaba.

Nicea se aproximó á las flores, y tomó el ramo en sus manos para admirar de mas cerca sus colores.

El corazon de Salustio latió de esperanza.

La jóven huérfana, que no podia imaginar que en aquellas bellas flores se encerrasen la perfidia y la deshonra, acariciaba sus pétalos con sus delicados dedos.

De repente, conmovida por los recuerdos de la infancia que su vista despertaba en ella, acercó el ramo á sus labios como inclinada á imprimir en él un ósculo.

Salustio, conteniendo la respiracion, seguia sus movimientos, y esperaba con indecible ansiedad el instante en que aspirase el narcótico.

Aquel instante estaba seguro de que no podia tardar.

La que temia la comida y el agua, no recelaba de aquellas perfumadas flores que escondian entre sus hojas el aspid que debia matar su honra.

Nicea estaba encantadora. Parecia que la vista del vistoso ramillete prestaba á su fisonomía nuevos encantos y nuevos atractivos.

Salustio se lisonjeaba de que muy pronto todos aquellos hechizos se verian rendidos á su voluntad.

Nicea, no pudiendo contener los ímpetus de su alma, acercó por fin el ramo á sus labios, besó sus flores con ardiente afan, aspiró con avidez su perfume; pero apenas habia absorbido su aroma, cuando cayó como herida de un rayo sobre el pavimento.

—Ya es mia—exclamó Salustio con satisfaccion satánica.—Vete—añadió dirijiéndose al carcelero—y cuida de que nadie se acerque á este sitio.

El esclavo se alejó, y el libertino jóven, trastornada la razon con el vino, y henchido de lujuria, entró en la pieza en que la jóven yacia aletargada, y cerró la puerta tras sí.

Veamos, entre tanto, qué pasaba en la calle.

Desde la hora del convite, un hombre del bajo pueblo se habia situado enfrente de la casa de Salustio. Cuando la luz del dia se alejó del horizonte, aquel hombre pasó de la entrada principal á la que daba á la callejuela que ya conocemos, y permaneció allí mas de una hora como en espera de algo. Al ver que el tiempo trascurria, se acercó á la puerta, aplicó el oido, y volvió á retirarse para situarse de nuevo enfrente de la entrada secreta.

Así estuvo mas de otra hora; pero tomando de repente una resolucion definitiva, se dirijió por segunda vez á la puerta. Ya se disponia á abrirla con una llave que llevaba, cuando se abrió dando salida á Frigia, Sostrata y los demas convidados.

El hombre aprovechó aquella oportunidad, y penetró en el edificio al tiempo que los otros lo abandonaban.

El carcelero Siro, que marchaba detras de ellos para cerrar la puerta, se encontró con él.

—¿Dónde está Salustio?—preguntó el hombre.

—Siempre llegais á mala hora—le respondió el carcelero.—Ahora sí que es imposible que le hableis.

—¿Por qué?

—Os lo diré en confianza: porque es dueño ya de Nicea: la invencible ha quedado entregada á un profundo sueño oliendo un narcótico vertido en un ramo de flores y.....

—¡Infames!.....—exclamó el hombre lanzándose sobre el carcelero, que no esperando aquel ataque, cayó en tierra. Su antagonista, sujetándole los brazos y tapándole la boca con un lienzo, le arrojó dentro de una pieza contigua, que abrió y cerró con las llaves que Siro llevaba al cinto. Hecho esto, corrió lleno de afan hácia la prision de Nicea, empujó la puerta, entró en la pieza en que Salustio se proponia alcanzar su inícuo plan, lo arrojó al suelo con ímpetu indecible en el instante en que se acercaba á la narcotizada huérfana, tomó á esta entre sus robustos brazos, y salió de la pieza; dejó en ella encerrado con llave á Salustio, y poco despues cruzaba la ciudad con la preciosa carga que acababa de salvar.

Mientras él corria con la jóven huérfana que no recobraba los sentidos, Sosie volvia á su casa, dichoso de haber ganado con solo la entrega de un papiro de la cieguecita, su ansiada libertad.

Al pasar por delante de uua casa, cuyas ventanas se encontraban abiertas, descubrió en el *atrium*, numerosos convidados reunidos al rededor de una mesa espléndida.

Era una reunion de epicúreos, cuyos cantos respiraban la filosofía á la moda, que consistia en no conocer mas Dios que el placer.

Sosie se detuvo un instante para verles, cuando un grupo de hombres, sencillamente vestidos, pasó junto del sitio en que estaba.

En aquel mismo momento los alegres convidados repetian en alta voz estas palabras:

"Amigos, dejemos dormir á los dioses allá en lo alto. Nosotros sabemos que no existe
" dios para este mundo."

Antes de que acabasen este canto, los cristianos que, como hemos dicho, pasaban por junto á Sosie, entonaron, á su vez, uno de sus himnos favoritos.

"El Señor avanza sobre su carro..... ¡Maldicion sobre los soberbios que se atrevan contra
" Él!..... ¡Maldicion para los insensatos que le niegan!

"Cuando la trompeta del Arcángel resuene, las tumbas se abrirán, la mar saldrá de sus
" límites, el sol palidecerá y los astros caerán del cielo.

"A través de las tinieblas que cubrirán la tierra, se verá resplandecer la espada flamígera
" que separará los elegidos de los réprobos.

"¡Maldicion, maldicion entonces para los impíos que blasfeman del Señor! El dia de su
" venganza se acerca: ¡temblad, pecadores, temblad!"

Un silencio súbito sucedió en la sala del festin á estas palabras proféticas.

Los cristianos siguieron su camino, y Sosie, asombrado, se adelantó hácia su casa.

Su mirada se dirijió al Vesubio.

Una luz pálida y lívida brotó en la cumbre.

Aquella luz brilló un instante, y desapareció.

Sosie, amedrentado, llegó á la puerta de su casa, al mismo tiempo que el hombre que llevaba á Nicea pasó á su lado.

Sosie fijó los ojos en él. En aquel instante un relámpago bañó el restro del desconocido. Este quiso no ser visto, y al llevar la mano al rostro para cubrirse, una larga barba que llevaba vino al suelo, dejando ver claramente su faz.

El esclavo de Arbace reconocio á Lidon.

El joven gladiador, siguió su camino sin detenerse en medio de las somlras.